

Pero lo que más importa en «Juan sin cielo» es la universalidad del símbolo, el carácter sintético del poema y la sincronización de todas las soledades en el protagonista poemático:

*Juan me llamo, Juan Todos, habitante
de la tierra, más bien su prisionero,
sombra vestida, polvo caminante,
el igual a los otros, Juan Cordero.*

*Es sólo un peso azul lo que ha quedado
sobre mis hombros, cúpula de hielo...
Soy Juan y nada más, el desolado
herido universal, soy Juan sin Cielo.*

Esta integración de soledades apunta ya hacia un concepto trascendente de la soledad humana. El Hombre es todos los hombres; la soledad, todas las soledades. Prisionero de la sucesión, sin pasado y sin futuro, el hombre sospecha su insignificancia y superfluidad, sentimientos que se exacerban con las inminencias y presagios de una muerte repentina. La expresión congruente de esta precariedad del hombre (individual y colectivo) la encontramos en el poema «Morada terrestre»:

*Habito un edificio de naipes,
una casa de arena, un castillo en el aire,
y paso los minutos esperando
el derrumbe del muro, la llegada del rayo,
el correo celeste con la final noticia,
la sentencia que vuela en una avispa,
la orden como un látigo de sangre
dispersando en el viento una ceniza de ángeles.*

*Entonces perderé mi morada terrestre
y me hallaré desnudo nuevamente.
Los peces, los luceros
remontarán el curso de sus inversos cielos.
Todo lo que es color, pájaro o nombre
volverá a ser apenas un puñado de noche,
y sobre los despojos de cifras y de plumas
y el cuerpo del amor, hecho de fruta y música,
descenderá por fin, como el sueño o la sombra,
el polvo sin memoria.*

(*Biografía*, p. 41.)

La experiencia del desengaño no es nueva, ni tampoco el temor de que las cosas o el mundo todo puedan acabarse de repente. Lo nuevo es la certidumbre de que el hombre mismo puede provocar la ruina

planetaria. Con estas expectativas apocalípticas, la soledad humana se convierte en angustia metafísica; la problemática social, en cuestión existencial.

LA ALQUIMIA VITAL

En tiempos antiguos, la alquimia era un «arte» o filosofía especulativa que intentaba descubrir las relaciones del hombre con el cosmos. Se diferenciaba de la astrología en que a ésta sólo le interesaba la influencia de las estrellas sobre el destino del hombre. Ambas se preocupaban de la influencia de los astros en el acontecer terreno y creían que lo que sucedía en los cielos y en la tierra manifestaba la voluntad del creador. Por ello, si se los entendía bien, esos sucesos podían dar la clave del mensaje cósmico. La alquimia implicaba el cambio y la transmutación: cambios químicos, fisiológicos, ontológicos, y aspiraba a la consecución de bienes humanos, tales como la riqueza, la longevidad, la inmortalidad. Como arte química, buscaba la piedra filosofal y la panacea universal.

Este entendimiento del término «alquimia» nos orienta ya hacia una poesía que será búsqueda de relaciones y correspondencias, examen de la posición del hombre en el cosmos, inquisición de su procedencia y su destino, sondeo de su interioridad, determinación de su contextura ontológica. Todas estas perquisiciones serán transpuestas al poema en versos que no sólo se valdrán de nuevas imágenes, sino también de una simbología que, en muchos casos, se opondrá a la de la poesía anterior.

«La vida es soledad», dice uno de los sonetos unamunianos (14), y en ello hay razón en tanto que la existencia humana puede verse como una concatenación de rupturas: desde la del nacimiento hasta la de la muerte. Conocerse es saberse biológicamente singular y cambiante en un universo de objetividades cuya existencia es sólo uno de los parámetros que determinan nuestro ser. Para Carrera Andrade, la soledad es el elemento primario de la alquimia vital porque viene desde más allá de la vida misma. «Inmigrante llegado de la nada / con tus manos vacías y tu dolor de siglos.» (*Biografía*, p. 25). En estos versos de su «Biografía secreta del hijo», el poeta alude al único patrimonio, al fardo «de la soledad salida de madre» (15) con que el hombre ingresa a un mundo que lo aloja sin mayores distinciones, entre una multitud de cosas y de seres.

(14) «Soledad», LXXXII, *Rosario de sonetos líricos* (Madrid, Imprenta Española, 1911), p. 173.

(15) Carrera Andrade: *Aquí yace la espuma* (París, Presencias Americanas, 1950), p. 33.

Congruente con el tipo de experiencia que inspira esta poesía, el lenguaje adopta el tono serio de la inquisición metafísica y se llena de nuevos contenidos semánticos. El poema ya no representa una realidad plena de luz, sino más bien un mundo invadido por la sombra, en el que las cosas pierden sus contornos y se desustancializan. El poeta ya no delata la euforia que experimentaba en esas diarias fiestas del color y de la forma porque, ahora, «la noche escamotea el paisaje» (16). Esta nueva etapa en la poesía de Carrera Andrade significaba, para Pedro Salinas, una negación de ese universo-todo-presencia, refutación del objeto como «realidad más cabal que el sueño», triunfo de esos «fantasmas del pensamiento» que el poeta ecuatoriano quería suprimir. Salinas tiene razón en tanto que se trata evidentemente de un mundo y una conciencia diferentes que desplazan a un mundo anterior y a la manera en que entonces se lo aprehendía. Carrera Andrade, sin embargo, no cae en las mixtificaciones de la realidad, que es a lo que se refería cuando hablaba de «fantasmas del pensamiento» (17).

La poesía que ahora nos ocupa es el resultado de una pérdida (el mundo con su envoltura de maravilla) y un reencuentro (la soledad), y ha de verse como un proceso dialéctico que busca resolverse en el autodescubrimiento y en la comunión con los demás. Lo negativo de la soledad tiene, sin embargo, su contrapunto positivo: porque llegar a saberse solo es adquirir una nueva lucidez y, paradójicamente, reiterar la existencia del otro. Esto es lógico porque la soledad es una condición relativa. El hombre se siente solo no porque no exista nada o nadie, sino precisamente porque al existir lo otro, se siente separado de éste. La soledad es un estar o un sentirse lejos, y un querer anular esa distancia que nos separa de los demás.

La soledad puede ser espacial, temporal e intelectual. La primera se manifiesta como una nostalgia de espacio; por ejemplo, cuando el poeta, lejos de su tierra, la evoca y anhela retornar a ella. La soledad temporal resulta de la conciencia del estar atrapado en la sucesión heracliteana y de no poder recuperar el tiempo ya pasado: por ejemplo, las añoranzas de la época dorada o el recuerdo de la juventud perdida. Por su parte, la soledad intelectual abarca aquí a todos esos estados de incomunicación, voluntarios o involuntarios, que resultan de la incomprensión de los demás o del deficiente conocimiento de nosotros mismos.

Estas tres soledades convergen para instaurar la nueva circunstancia que el poeta llama *País secreto*, país de «islas donde el silen-

(16) Carrera Andrade: *País secreto* (Tokio, Edición del Autor, 1940), p. 45.

(17) Pedro Salinas, «Registro de Jorge Carrera Andrade», *Revista Iberoamericana*, 5 (1942), pp. 285-294.